

SEMEJANTE A NOSOTROS, HASTA EN LA SEPULTURA



D. FRANCISCO DE PAULA FERRER TAPIA, PBRO.

Sacerdote de la diócesis de València, nacido en el Canyamelar y actualmente desarrolla su ministerio como Formador en el Seminario Mayor de nuestra diócesis en Moncada.

“Si el grano de trigo cae en tierra y muere, da mucho fruto” (Jn 12, 24)

Serían entorno a las cuatro de la tarde de aquel primer Viernes Santo cuando el pequeño grupo que permanecía junto a la cruz de Jesús se vio sobresaltado con la presencia de José de Arimatea, que llegaba corriendo desde el palacio del procurador romano, situado en la Torre Antonia, trayendo el permiso de Pilato para desclavar y enterrar el cuerpo del Maestro. Se habían quedado allí como petrificados. “Junto a la cruz de Jesús estaba su Madre” apunta con precisión san Juan (19,27), acompañada por Magdalena, María la de Cleofás y algunas mujeres más que le habían seguido desde Galilea. También el discípulo amado, a quien la tradición ha asociado con el evangelista Juan, trataba de responder, en medio de aquella dramática situación, a esta pregunta que irrumpe siempre como un relámpago en el corazón y la mente de quien experimenta el paso de la muerte a su lado: ¿Y ahora qué?

Y en aquella tarde en el calvario nadie más...

“Todos lo abandonaron y huyeron” subraya san Marcos (Mc 14,50). Los apóstoles habían seguido a Jesús en aquellos tres años y en los últimos días, encabezados por Pedro, habían hecho promesas vehementes de fidelidad hasta la muerte. Ahora están ausentes. Es la hora de los discípulos clandestinos. A Jesús le darán sepultura dos amigos escondidos: José de Arimatea, hombre rico, miembro del sanedrín que no había compartido la decisión contra Jesús y que esperaba el reino de Dios, y Nicodemo, a quien san Juan había presentado al inicio de su evangelio visitando a Jesús de noche y que ahora sale de la sombra valientemente para embalsamar y enterrar, a la vista de todos, al profeta de Galilea.

Los dos ofrecen a Jesús, en la hora de su muerte, el mayor testimonio de su amor y de su fidelidad, entregando cada uno un preciado don, como en su día hicieron los magos ante el recién nacido: José le regala el sepulcro nuevo que se había excavado para él y para su familia y el maestro Nicodemo proporciona los abun-

“...cuando en la procesión general del Santo Entierro contemples la imagen del Yacente, te dejes interpelar por este camino que ha tomado Jesús y tengas la audacia de pedirle que de tu corazón de piedra saque fuerza para amar y entregar;...”

temente para embalsamar y enterrar, a la vista de todos, al profeta de Galilea.

>> SEMEJANTE A NOSOTROS, HASTA EN LA SEPULTURA. D. FRANCISCO DE PAULA FERRER TAPIA



Cristo Yacente (Ignacio Pinazo Camarlench, 1849-1916) Colegio del Patriarca, València

dantes aceites y perfumes para la unción. Los dos revisten el enterramiento de Cristo de un carácter regio, tanto por la novedad de la tumba como por la cantidad de los bálsamos, unas cien libras (más de treinta kilos, medidas propias del entierro de un rey).

El cuerpo es descolgado de la cruz con el cuidado propio de aquellos que quieren rodear con su ternura y su compasión a aquel hombre inocente destrozado por la violencia más despiadada y la barbarie criminal. Al llegar el cadáver al suelo, María -su madre- no puede evitar acercarse a él y tomarlo en sus brazos como treinta años antes lo arropaba en Belén. Pero la tarde está de caída y la noche se viene encima. Los que han asumido esta labor de dar sepultura a Cristo saben que tienen poco tiempo y que al ponerse el sol, cuando brillen tres estrellas en Hebrón, comienza aquel día solemne del gran descanso que además, al coincidir con la Pascua, revestía un carácter aún más severo. Por tanto no hay tiempo que perder.

Allí aquel grupo casi clandestino de tres hombres y unas cuantas mujeres tomando el cuerpo de Jesús, lo cargan en una sábana y, a modo de camilla, lo trasladan hacia la parte trasera de aquel monte Gólgota donde había sido crucificado. Allí se encuentra la tumba de

Arimatea. Al llegar a la puerta de la sepultura depositan el cadáver en el suelo, sobre la fresca hierba que en esos días del inicio de la primavera comienza a brotar.

Emprenden entonces la delicada tarea de lavar y unguir el cuerpo con los bálsamos, mirras y perfumes, para comenzar a vendarlo, tras comprobar con el uso de una pluma puesta bajo nariz que ya no existe hálito de vida, ponerle un sudario sobre la cabeza y envolver el cuerpo en un gran lienzo para enterrarlo. Todo, nos dice san Juan, según la costumbre de los judíos (19,40). Tratan el cuerpo del Maestro con gran cuidado, casi como si se fuera a despertar, devolviéndole el amor que sienten por Él y que durante las últimas horas ha sido sustituido por la más cruel de las atrocidades y el mayor de los ultrajes.

Es ya casi de noche, entre dos luces, cuando acompañados de algunas lámparas de aceite introducen el cuerpo embalsamado de Jesús en aquella cavidad, tras atravesar la pequeña antecámara que precedía la estancia sepulcral. El pequeño habitáculo quedó invadido por el fuerte aroma de los perfumes, casi de modo asfixiante. Los portadores dejaron su apreciada carga y, tras dirigirle una última mirada, salieron entre sollozos y lágrimas para correr la gran losa que cerraba la tumba.

Y hasta aquí la historia de Jesús de Nazaret. Todos hemos experimentado en carne propia, al dar sepultura a un familiar o amigo, la frialdad que experimenta el alma en este momento ritual, el silencio abrumador que sobrecoge a los presentes cuando, al poner la lápida que cierra la tumba, se cierra también la vida de aquel a quien despedimos. Al darnos la vuelta para volver a nuestra casa parece que algo de cada uno de nosotros se queda allí, que ya no somos los mismos y que nada será ya igual. Tenemos la sensación de que ninguna de las preguntas que podamos hacernos en ese instante

encuentran respuesta y que, posiblemente, nunca la encontrarán. Estamos ante el límite extremo del hombre, la cuestión que se cierne como una provocación ante cada ser humano y que, con frecuencia, lanzamos como arma arrojada contra Dios.

Permíteme que me dirija a ti, querido lector, tras haberte situado en aquella escena al caer aquel primer Viernes Santo de la historia, como ensayo de tantos Sábados de silencio y de radical soledad que nos toca vivir y que nos toca, como cristianos, acompañar. Porque la muerte es una ruptura que trunca radicalmente la vida del ser humano y deja a la humanidad entera encerrada en la desesperanza y el sinsentido. El silencio de quien es la Palabra hecha carne es el silencio más absoluto de Dios; el mismo que acompaña el vacío y el olvido de cada mortal cuando queda relegado al silencio del sepulcro, por más que guardemos memoria de los muertos.

También en eso Cristo se ha hecho semejante a nosotros para que, cuando atraveses la noche más oscura de tu historia y también de tu fe, puedas sentirte acompañado por Aquel que te hace confiar más allá de lo aparente, de lo visible, de tu comprensión humana y es-

perar contra toda esperanza. Como señala el teólogo suizo H.U. von Balthasar "creer es solo amar, y nada puede y debe ser creído sino el amor; solo el amor es digno de fe". Que nadie te quite la esperanza, que nada te arrebatte tu fe en el amor.

Jesús en su sepultura nos hace entrar en la dinámica del grano de trigo que él mismo explicó el Domingo de Ramos cuando unos griegos se acercaron a buscarlo porque querían verlo. Es una paradoja para nosotros: solo el grano que cae en tierra y muere da mucho fruto. Es la lógica de Dios: perder para ganar, entregar para alcanzar, morir para vivir. Nos pasamos la vida queriendo retenerla y "la fórmula de la existencia cristiana es perderse a sí mismo para dar vida" (Benedicto XVI). El Dios que ha compartido hasta la última de nuestras amarguras tiene el poder de sacar vida de donde no hay. Por eso mi invitación es a que este Viernes Santo, cuando en la procesión general del Santo Entierro contemples la imagen del Yacente, te dejes interpelar por este camino que ha tomado Jesús y tengas la audacia de pedirle que de tu corazón de piedra saque fuerza para amar y entregar; que te quite el miedo a perder como Él en favor de los demás. Te aseguro que, de verdad, será Pascua para ti.

